

Lc 20,27-38

Los que murieron en Cristo resucitarán... y así estaremos siempre con el Señor

El Evangelio de este Domingo XXXII del tiempo ordinario está precedido por el relato de otro episodio en que «los escribas y los sumos sacerdotes» tienden a Jesús una trampa con el fin de «sorprenderlo en alguna palabra y poder entregarlo al poder y autoridad del procurador: “¿Es lícito que nosotros paguemos impuesto al César, o no?”». Jesús se libra de la trampa brillantemente, evitando cualquier palabra que pudiera interpretarse como sedición: «Devuelvan al César lo del César y a Dios lo de Dios». Pero la conclusión ignora el tema político y habla de un desprestigio ante el pueblo: «No pudieron sorprenderlo en ninguna palabra ante el pueblo» (cf. Lc 20,19-26). Ese desprestigio de Jesús ante el pueblo es lo que intentan los saduceos en el episodio que nos presenta el Evangelio de hoy. Ellos quieren reducir al absurdo la enseñanza de Jesús sobre la resurrección de la carne.

«Acercandose a Él algunos de los saduceos, esos que dicen que no hay resurrección, le preguntaron...». Los saduceos están definidos por una frase: «Dicen que no hay resurrección». Ellos no creen en la resurrección, porque reciben como Palabra de Dios solamente los cinco primeros libros de la Biblia, a saber, Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio, y no encuentran en ellos esa doctrina. Jesús, en cambio, hacía de la resurrección el punto central de su enseñanza. Lo enseñó con su palabra: «Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en Él, tenga vida eterna y que Yo lo resucite en el último día» (Jn 6,40). Lo enseñó también anunciando repetidamente su propia resurrección: «El Hijo del hombre debe sufrir mucho, y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar al tercer día» (Lc 9,22). La resurrección de Cristo es la prueba máxima de nuestra salvación. En efecto, es la prueba de que la muerte, que entró por el pecado, ha sido vencida, porque el pecado ha sido expiado. Uniendonos a Cristo, nosotros somos liberados del pecado y de la muerte eterna; ¡seremos resucitados!

Los saduceos parten de una norma dada por Moisés: «Si muere el hermano de alguno, sin tener hijos, que su hermano tome a la viuda para dar descendencia a su hermano». Presentan un caso posible, pero exagerado: Eran siete hermanos; habiendo tomado mujer el primero, murió sin hijos; tomó a la

viuda el segundo y murió sin hijos; la tomó el tercero... hasta el séptimo y todos murieron sin dejar hijos. Finalmente, murió la mujer. Este es el caso. La pregunta que hacen a Jesús va dirigida a demostrar que, si los muertos resucitan, habría situaciones imposibles de resolver, por ejemplo, en ese caso, ¿de quién será la mujer, pues los siete la tuvieron por esposa?

Jesús resuelve el caso, no sólo respondiendo sobre la vida de los resucitados, sino también sobre la relación conyugal de hombre y mujer. Compara la vida de los resucitados con la de los ángeles: «No se casarán ni serán dadas en matrimonio... porque son como ángeles». Los ángeles vinieron a la existencia todos de una vez y no por generación, como los seres humanos, que nacen de la unión entre un hombre y una mujer. Para Jesús, entonces, en la resurrección no habrá problema entre los siete hermanos, porque ninguno se unirá a la mujer y ella los amará a todos con amor sobrenatural, que es el único que existe en la vida eterna. Jesús agrega una razón por la cual la relación conyugal en la resurrección no existirá: «No pueden ya morir». Deducimos de aquí que en la mente de Jesús la finalidad principal de la unión conyugal es la procreación; es porque en esta vida los seres humanos mueren. Así lo entendían también los saduceos, basándose en Moisés, que transmitió el primer mandato de Dios, cuando creó al ser humano hombre y mujer: «Sean fecundos y multipliquense» (Gen 1,28). Cesará la procreación en la resurrección, porque ya el número será completo y «habiendo resucitado, no pueden ya morir».

En cierto sentido debemos agradecer a los saduceos que hubieran puesto este caso a Jesús, porque eso le permitió revelarnos la verdad, no sólo respecto de la resurrección de los muertos, sino también respecto a la unión conyugal entre el hombre y la mujer. Ni siquiera los saduceos se ponen en el caso de que la mujer pudiera tener más que un marido. Según la mente de Jesús la unión conyugal es la unión entre hombre y mujer y debe ser total, fiel, exclusiva y abierta a la vida. Todos debemos procurar quedar incluidos en la definición que da San Pablo del cristiano: «Nosotros tenemos la mente de Cristo» (1Cor 2,16). Él es la Verdad y todo nuestro empeño debe ser pensar como Él.

No deja de responder Jesús sobre la resurrección a los saduceos basándose sobre el mismo Pentateuco, que ellos aceptaban como Palabra de Dios: «Que los muertos resucitan lo ha indicado también Moisés en lo de la zarza, cuando llama al Señor “el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para Él todos viven». Dios se

identifica ante Moisés como «el Dios de cada uno de esos tres patriarcas», que habían muerto a este mundo cuatro siglos antes. Jesús hace suya esa presentación de Dios, afirmando así que todo ser humano tiene una dimensión espiritual, que es inmortal y que sigue existiendo, aunque haya muerto a este mundo, hasta que resucite la carne, según la promesa de Jesús: «Yo lo resucitaré en el último día». Es porque ningún ser humano, que ha recibido la existencia de Dios, puede ser reducido a la nada. Estará siempre esperando la resurrección, que tendrá lugar cuando venga Jesús en su gloria: «Nosotros, los que vivamos, los que quedemos hasta la Venida del Señor no nos adelantaremos a los que murieron. El Señor mismo... bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor» (1Tes 4,15-17). En esta vida tenemos la inmensa responsabilidad de contarnos entre «los que viven y mueren en el Señor». En comparación con este objetivo, todo lo demás es secundario y transitorio.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles